

1

El Bosque de los Lamentos

Ésta es la historia de alguien que lo había perdido todo.

Tras una larga temporada de soledad y tristeza, cierto día Ariadna fue despedida de su trabajo en la fábrica de hilos sintéticos. El jefe de personal le dijo que últimamente había bajado su rendimiento. La veía distraída, con la cabeza en las nubes. Por eso había contratado a una persona más joven que ocuparía su puesto por menos dinero.

Ariadna tenía 33 años.

Al salir de la fábrica con el despido en la mano empezó a encontrarse mal. De repente tuvo mucho miedo, porque si también le fallaba la salud lo habría perdido absolutamente todo.

La fábrica de hilos sintéticos se hallaba en la periferia de su ciudad, justo donde terminan los bloques de hormigón y empieza el bosque. Nunca se había atrevido a internarse en la espesura, porque todo el mundo decía que era fácil perderse allí. De hecho se conocía el caso de muchas personas que se habían adentrado y jamás habían vuelto.

Lo llamaban el Bosque de los Lamentos.

Como Ariadna sentía que lo había perdido todo, incluso las ganas de vivir, no hizo caso de estas advertencias y tomó un sendero entre los árboles. Secretamente tenía el deseo de desaparecer. Quería que se la tragara el bosque para no molestar a nadie con sus desgracias.

El sendero discurría entre hayas muy altas y espesas, donde la luz del sol se filtraba

haciendo extraños juegos de luces. Ella caminaba y caminaba, embebida en sus pensamientos, sin el propósito de llegar a ningún sitio.

Pero suele suceder que, aunque no lo esperes ni te lo propongas, los senderos acaban llevando a alguna parte. Así que, cuando Ariadna hubo recorrido un buen trecho, se encontró en un claro del bosque.

Allí se topó con un singular personaje. Un anciano diminuto y risueño que tenía un puesto lleno de billetes de color esmeralda, cuidadosamente ordenados en montoncitos.

Por encima del mostrador donde vendía sus boletos había un cartel en el que se leía: **GRAN LOTERÍA DE LA VIDA.**

Asombrada con aquel puesto en medio del bosque, Ariadna se llevó las manos a los bolsillos y encontró su última moneda. Aunque esperaba ya bien poco de la vida, decidió hacer su última apuesta: invertir su última moneda en alguien que probablemente la necesitara más que ella.

—¿Cuánto cuesta? —le preguntó.

—Depende —respondió el anciano—. Cada boleto tiene un precio distinto que varía según el comprador.

—Todo lo que tengo es esta moneda.

—Entonces este billete es tuyo —respondió el anciano, que le entregó a cambio uno de aquellos boletos esmeralda.

Hasta que no se alejó unos pasos, Ariadna no se dio cuenta de que aquel billete de lotería no tenía números. Pensando que se debía a un fallo de impresión, volvió hacia el anciano para reclamar.

—¡Claro que no tiene números! —dijo el anciano muy sonriente—. ¡Porque este billete toca siempre!

Al oír esto, Ariadna pensó que era absurdo discutir con aquel hombre —probablemente estaba loco—, así que se guardó el boleto esmeralda en el bolsillo y prosiguió su camino.

Cuando llevaba ya muchas horas andando bosque adentro, le invadió el cansancio y tuvo que detenerse a tomar aliento. Se tumbó sobre la hierba fresca y cerró los ojos un instante.

Sin darse cuenta cayó dormida.